

FADRIQUE.

(*En un arranque de profundo cariño.*)

Ah... ¿Qué teneis? ¡Madre mía!
Estais pálida... ¡Estais fría!
¡Madre!... ¡Piedad!... ¡Por favor!...
¡Oh, perdon!... ¡perdon os pido!
Loco estoy... Locura es...
Vedme, madre, á vuestros piés,
Pesaroso, arrepentido.

ANA.

¡Fadrique!...

FADRIQUE.

(*Con ternura creciente, abrazándola y acariciando sus manos y su rostro.*)

Así... Más aprisa,

Vuelva á influjo de mi amor
A las manos el calor,
Y á los labios la sonrisa.....
Luz á los ojos dormidos;
Lata el pulso, torne al pecho
El respirar satisfecho,
Y el placer á los sentidos.
Aquí madre, en el sitial,
[*Llevándola á un sillón, sentándose ó arrodillándose á sus piés.*]
Como otras veces... Yo aquí,
Siempre á vuestros piés... así...
Siempre igual... igual... igual...
¡Ay...! Ofender de este modo
A quien en el alma llevo,
A quien todo se lo debo,

¡A quien se lo debo todo!
¿Pudiera acaso nublar
Al sol de mi porvenir?
¡A quien me enseñó á reir
Yo no puedo hacer llorar!
¿Me perdonais?

ANA.

Te perdono.

FADRIQUE.

¿Con el alma?

ANA.

Y con la vida.

FADRIQUE.

¡Ay, madre mía querida,
Venga esta pena en mi abono!
[*Poniendo la mano sobre su corazón.*]

ANA.

¿Tú penas?

FADRIQUE.

Una y horrenda.

ANA.

¡No lo puede comprender!
¿Desde cuándo?

FADRIQUE.

Desde ayer;

Desde que tengo esta prenda.

ANA.

¿Una prenda?

FADRIQUE.

(*Le enseña una sortija.*)

La estais viendo.

ANA.

¿De qué ha de ser?

FADRIQUE.

De cariño.

ANA.

¡Tan niño!

FADRIQUE.

Por ser tan niño

No sé lo que estoy sintiendo,
Ni me lo puedo explicar;
Pero desde ayer, señora,
Siento que hay alguien que llora,
Aquí en mi pecho escondido;
Un nuevo sér, algo nuevo
Que aquí vive, que aquí llevo,
Y tan hondo y tan metido
Del corazón en el centro
Que por mirarlo quisiera
Tenerlo, señora, afuera,
Mejor que tenerlo adentro;
Porque es madre.
(*Se oyen golpes y ruido de cabalgaduras
y voces.*)

ANA.

(*Azorada.*)

¡Calla!

FADRIQUE.

(*Levantándose.*)

¿Quién?

¿Porqué, señora, ese afán?

ANA.

¿Oyes ruido? En el zaguan
Parece que entran. ¡Oh! ven . . .
Por allí, vete . . . Fadrique . . .
(*Señalándole la puerta que da al jardín.*)

FADRIQUE.

Es que deciros quería
Algo más y no podría,
Sin que el dolor centuplicue
Sus rigores contra mí,
Más tiempo permanecer
Con esta duda.

ANA.

¡Oh! qué hacer. . . .

Mañana

FADRIQUE.

¿Mañana?

ANA.

Sí.

FADRIQUE.

¿Como hoy á las diez, señora?

ANA.

A las diez aquí te espero.
¡Dame un beso, así te quiero
Como ahora, como ahora.

FADRIQUE.

Madre, adios. Hasta mañana.

ANA.

Que el cielo calme tu cuita.
(*Vasc Fadrique.*)

¡Oh, ley del amor bendita!
¡Oh ley del amor tirana!

ESCENA VIII

JIMENA, Doña ANA.

JIMENA.

Don Arias ha llegado.

ANA.

Acaba de llegar. De armada gente
El rumor he escuchado.

JIMENA.

¿Y á verle no salís? Fuera imprudente
Exasperar, señora, su amargura.

ANA.

¡No puedo! no, Jimena. . . . Dios lo quiso
Y cumplir es preciso,
Hasta el fin, mi propósito. Locura
En mí será tal vez, tal vez delirio:
Pero á mis propios ojos obstinada
Luchando seguiré con el martirio
Que me impone la suerte despiadada.
Leonelo ¿está con él?

JIMENA.

No tal, señora.

Bajar á los jardines hace poco
Le he visto. *(Se dirige al balcon.)*

ANA.

Y á esta hora,

¿Qué puede hacer, Jimena? ¿Estará loco?
¿Si salir habrá visto á mi Fadrique?

JIMENA.

(En el balcon.)

No tal. . . . pero ¿qué veo?
Vedle tambien señora. . . . A lo que creo
Se dirige hácia acá. . . . su rostro alumbra
La luz de la linterna.

ANA.

El mismo, el mismo:

Es Leonel sin duda.

JIMENA.

¿Nos observa?

ANA.

No tal, á la escalera se encamina;
Ya se detiene ¿Ves? Cuál examina
Hoja por hoja la menuda yerba!
¡Oh! Tal parece que la luz le ofusca;
Ya se alza. Ya se inclina. . . .
¿Qué buscará. . . ? Jurára que algo busca!

JIMENA.

Algo busca, eso sí.

ANA.

Jimena ¿no oyes?

Escucha ese rumor. . . . Viene don Arias.
Si por mí te pregunta, háblale apénas;
Dile que son mis noches solitarias,
Que nunca de él inquiero,
Y callada y sombría,
Sin encontrar un rayo de alegría,
De lenta angustia y de tristeza muero.

JIMENA.

¿No le aguardais? Si nadie me acompaña. .

ANA.

Tú le has de recibir y así lo quiero.

ESCENA IX.

JIMENA, Don ARIAS, despues, en traje de camino.

JIMENA.

Me deja en honda confusion extraña.
El vendrá, como siempre, áspero y rudo,
Inquiriéndolo todo y con la pena
De su perpetua desconfianza.... Dudo
De conservar mi aplomo;
Y no sé qué decirle..... no sé cómo
Le habré de responder... El es, resuena
Su pisada en mi pecho.....

ARIAS.

(Entrando y tornando la vista en derredor, deja la capa y la espada, y luego dice:)

¡Hola Jimena!

JIMENA.

Señor.....

ARIAS.

Que Dios te guarde. Y ¿tu señora?

JIMENA.

En su cámara.

ARIAS.

Bien..... llámala luego.

Dile que aquí le aguardo sin tardanza,
Espera: no te vayas..... Sin sosiego,
Como siempre, á quimérica esperanza
Mi desolado corazon entrego.

JIMENA.

Señor, ¿la llamo?

ARIAS.

No..... debió Leonelo

Llegar entes que yo.

JIMENA.

Llegó en efecto.

ARIAS.

Entónces mi venida.....

No es para ella un secreto.

JIMENA.

No por cierto, señor.....

ARIAS.

Pues, por mi vida,

Que esperarme debiera

Al pié de la escalera.

Mas ¡ahl que en tal ventura

Nunca debí esperar; fuera locura.

¿No lo juzgas así.....? ¡Locura fuera!

¿En qué, Jimena, pasa

Los días tu señora?

JIMENA.

Siempre en casa

La ví entregada á la labor.

ARIAS.

Y al templo,

¿Nunca concurre?

JIMENA.

Sí..... cuando lo ordena

El deber... nada más....

ARIAS.

Y tú, Jimena,
¿La acompañaste siempre?

JIMENA.

Siempre.

ARIAS.

¿Y nunca
Al templo sola fué?

JIMENA.

Nunca; conmigo
Siempre salió, señor; siempre al abrigo
De la murmuración

ARIAS.

Basta . . . ¡ya basta!
¡Qué necio soy, Jimena, en preguntarte!

JIMENA.

¿Me retiro, señor?

ARIAS.

Sí por mi vida,
Avisa á tu señora, vé en seguida.

ESCENA X.

Don ARIAS solo.

¡Todo igual, todo lo mismo!
¡Mal que pese á mi deseo,
Siempre en el mismo lugar
Las cosas y los afectos!
[Llevando la mano á su corazón.]
No han cambiado ni uno solo
De sus detalles severos,
Ni lo que por fuera existe,

Ni lo que existe por dentro.

(Señalando á su pecho.)

Todo en su sitio; esa mesa,

Los tapices, y los lienzos

Con las sombrías figuras

De mis sombríos abuelos.

Esa ventana entreabierta;

Ese pedazo de cielo;

Y este silencio ¡parece

Que es aquel mismo silencio!

Y en la vieja chimenea

Aun me figuro que veo

El mismo leño, que ardía

Hace seis años, ardiendo.

Y

ESCENA XI.

ARIAS, doña ANA.

ARIAS.

¡Doña Ana! También ella.

ANA.

Señor

ARIAS.

También la contemplo

Siempre igual . . . ¡Siempre el hermoso

Pálido rostro hechicero!

ANA.

Señor, bien venido

ARIAS.

Gracias,

¡Y gracias á Dios que os veo!
Alojárame, señora,
En otra casa.

ANA.

No pienso
Que tal debierais hacer,
Siendo de esta casa el dueño.

ARIAS.

Si es así, no lo parece
Segun el recibimiento.

ANA.

Perdonad.

ARIAS.

¡Yo perdonaros;
Yo, Doña Ana, cuando advierto
Que soy culpable.!

ANA.

¿Culpable?

¿Culpable vos?

ARIAS.

Sí, por cierto,
Que aun no os pedí vuestra mano,
Y esa es falta de respeto.

ANA.

Tomadla señor. *(Aparte)* ¡Me nbrasa
El ccrazon con sus besos!

ARIAS.

(Aparte.) Parece que mármol frío
Tocan mis lábios de fuego,
(Alto.) Ni una palabra, señora,
De esperanza ó de consuelo?

Pensad que en San Juan de Ulúa
Viví, señora, muriendo,
En sus muros encerrado
Con mis tristes pensamientos.
Cuántas veces de mi angustia
Tras el implacable acceso,
En largas horas de insomnio
Y febril desasosiego,
Por la sombría muralla
Crucé, solitario espectro,
Entregando en mis sollozos
Amargas quejas al viento.
Y nadie oyó mis gemidos
Ni á mis gritos respondieron,
Ni las olas en la playa
Ni las nubes en el cielo.
Pasaban sobre mi frente
Las tempestades rugiendo,
Bajo mi cráneo bramaba
Huracan de pensamientos,
Y entre aquellas moles densas
Que en mil desgarrados velos
De sombras y de tinieblas,
Se movían en silencio,
Unas surgiendo del agua
Otras bajando del cielo
Entretejiendo sus ondas
En remolinos inmensos
Vos, Doña Ana. vos, aborto
Del delirio. del ensueño,
Pálida imagen querida

De rostro adusto y severo,
Cruzábais ante mis ojos
Sin contestar á mi ruego,
Sin escuchar el suspiro
Desgarrador de mi seno.

ANA.

Basta . . . Don Arias . . . ¡Ya basta!

ARIAS.

Eso Diciéndome eso!

ANA.

Vos me jurásteis

ARIAS.

¡Tambien

El mismo implacable acento,
Recordándome, señora,
Mis antiguos juramentos!

ANA.

Vendreis cansado, señor.

ARIAS.

De sufrir.

ANA.

Vendreis con sueño.

ARIAS.

Dormí siempre Que no sé
Que pueda dormir despierto,
Quien siempre sueña; que es mal
Del que duerme, el mal de ensueños!

ANA.

En aquel lado, señor,
Está vuestro apartamiento.

ARIAS.

Dura sois.

ANA.

Y en él Jimena

Os prepara blando lecho.

ESCENA XII.

ARIAS, solo, *refiriéndose al corazón de doña Ana*

¡Ah, corazón! ¿De qué eres
Corazón, que no lo entiendo?
¿De roca? No; lo ablandarán
Mis gemidos y mis besos.
¿De hielo? No, que al calor
Abrasado de mi aliento,
En lágrimas convertido
Cayera á mis pies deshecho.
¿Duro mármol? ¿Hierro? ¿Bronce?
Mas ¿qué digo? ¡Vive el cielo!
Si para que de algo fuera
¡Fuera preciso el tenerlo!

ESCENA XIII.

ARIAS, JIMENA por el fondo.

ARIAS.

Jimena, di por favor

Si hay piedad en ese pecho

¡Necio de mí!

JIMENA.

Vuestro lecho

Esté aguardando, señor.
(Váse Jimena por la puerta de las habitaciones de doña Ana.)

ESCENA XIV.

Don ARIAS.

¿Lecho? ¿De espinas y abrojos,
Donde sin tregua y sin calma,
Suba á torrentes del alma
Toda la hiel á los ojos;
Donde en eternos desvelos
Sienta instante por instante,
El aguijon incesante,
De este amor y de estos celos;
Donde á la razon acuda,
Para calmarme impotente,
Y cruce en mi cráneo ardiente
La tempestad de la duda.
Y luego el vértigo, y luego
El delirio y luego nada
Toda la vida pasada
En mortal desasosiego;
Todo lo que en mí se agita,
Las glorias, las ilusiones,
Ese tropel de visiones
Que engendra en hora maldita
La azarosa juventud;
Luz que el desengaño apaga,
Hermosa virgen que traga
En su seno el ataúd!

ESCENA XV.

LEONELO, Don ARIAS.

LEONELO.

Señor.

ARIAS.

Leonelo, ¿qué hacías?

En donde estabas ¡por Cristo!

¿En dónde que no te he visto?

¿En dónde que no venías?

LEONELO.

En los jardines, señor.

ARIAS.

(Enojado.)

¿Acaso buscando flores?

LEONELO.

¿Acaso cosas mejores,
Que valen más que una flor.

ARIAS.

¿Qué buscabas? No comprendo.

LEONELO.

Los pedazos de un papel.

ARIAS.

¡Siempre burlas!

LEONELO.

Siempre fiel;

Mirad, señor.

(Enseñándole los pedazos de un papel.)

ARIAS.

Ya estoy viendo.

Y eso ¿qué es para mi cuita?

LEONELO.

Esto es todo.

ARIAS.

Una escritura.

LEONELO.

Un solaz una aventura.

Un pasatiempo una cita.

ARIAS.

¿Una cita?

LEONELO.

Sí señor.

ARIAS.

Y bien ¿qué

LEONELO.

Para mañana.

ARIAS.

¿Y bieu?

LEONELO.

Cita doña Ana.

ARIAS.

¡Doña Ana!

LEONELO.

¡Cita de amor!

ARIAS.

De amor? ¡Menguado! Qué en poco

Tienes el vivir! ¡Oh cielo!

Te voy á matar, Leonele

¡Infeliz! ¡Te has vuelto loco!

Y tu mirada penetra

En mi pecho; y fuera infame

Ese papel pronto dame

(Arrebatándole el papel.)

¡Jesús me valga! ¡Es su letral!

(Mirando el papel; lee, colocando los pedazos de papel sobre la mesa y con ansiedad febril.)

"Fadrique no vengas hoy,

Te lo ruega quien te adora.

Ven mañana á Falta de la hora

El pedazo; ¡por quien soy

Que del infierno en tropel

Salen mil llamas de fuego

Que me abrasan! Dame luego

El pedazo de papel

Que falta aquí

LEONELO.

No señor,

No lo tengo

ARIAS.

¿Y puede ser?

¿Leonele? ¿Qué es no tener?

Busca Búscaló ¡Oh, furor!

LEONELO.

Ya busqué y en balde ha sido;

Y fuera señor, locura,

Estando la noche oscura

ARIAS.

¿Por eso estás detenido?

¡Luces! Y busca despacio.

¡Mucha luz! ¡Muchal! ¿Ya vas?

¡Y si te hace falta más,

Dale fuego á mi palacio!
¡Fuego! Y que se encienda el día.....

(Váse Leonelo)

Corre Leonelo.... ¡Oh, placer!
¡Cuánta desventura ayer,
Y agora ¡cuánta alegría!

(Alzando la frente y los brazos abiertos
al cielo, en medio de la escena, llenándolo
todo, dominándolo todo.)

TELÓN RAPIDÍSIMO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

—
La misma decoracion.

—
ESCENA PRIMERA.

JIMENA de pié. DON ARIAS sentado.

ARIAS.

Sepulte en hondo silencio
Mi corazon sus querellas,
Que no salga de mi labio
Ni un suspiro, ni una queja;
Que en ese abismo de dudas
Donde sin fin, noche eterna
Desenvuelve y amontona
Su pavorosa tiniebla,
Vague mi espíritu errante
Sin luz, sin calma, sin tregua,
Como en el lóbrego espacio
Ave fatídica y negra;
O en derredor de la torre
Solitaria de la aldea,
O del ciprés quejumbroso
Que sombra á la muerte presta,
Vaga sin paz, sin sosiego,
Desalentada, sin fuerzas,
En pos de ilusoria víctima,
Tras de fantástica presa!
¡Qué tal, Jimena, qué tal